

¡Europa! El primer areópago en la Nueva Evangelización

✦ J. Leonardo Lemos Montanet. Bispo de Ourense

El tema de Europa y de su re-evangelización¹, así como la revolucionaria concepción de los medios de comunicación, son sin ninguna duda uno de los primeros areópagos² de los tiempos modernos a través de los cuales se puede hacer más vivo el mensaje de la Buena Nueva. Estas dos realidades han sido argumentos sobre los cuales se ha centrado, de manera especial, mi atención especulativa desde 1985; con el paso de los años, «la vida», en cuanto trato con el mundo, con las cosas y con los otros, me ha hecho descubrir que el hombre siente una profunda necesidad de conocer³ y de abrirse a todo y a todos, pero a veces no nos damos cuenta de que a esos grandes deseos le falla nuestra naturaleza porque el ser humano se siente limitado intelectualmente y, también, físicamente, ¡le falta tiempo!, por eso se ha llegado a definir al hombre como *la insuficiencia viviente*⁴. El hombre cuando percibe desesperadamente que ignora, siente la necesidad de saber acerca de todo, de ahí que el talante filosófico emerge en el hombre a la superficie, sin que se dé cuenta, sin quererlo, porque la filosofía es un gigantesco afán de *superficialidad* —quiero decir— de traer a la superficie y hacer patente, claro, manifiesto, lo que estaba en lo profundo, lo misterioso, lo escondido en la misma realidad que decimos ignorar.

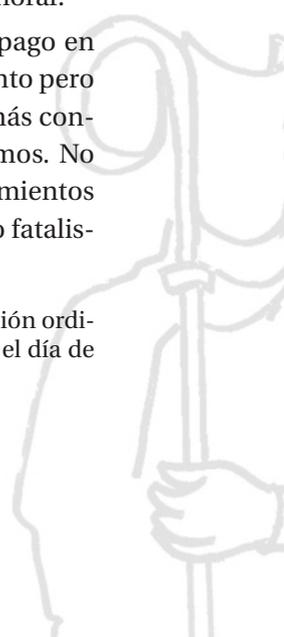
Reflexionar sobre la «*idea de Europa*» concebido como un nuevo areópago en donde, a través de los *mass media*, hoy se quiere encontrar un camino distinto pero imprescindible, para llevar a cabo la nueva evangelización, me parece lo más conveniente debido a las especiales circunstancias en las que nos encontramos. No nos olvidemos que vivimos, sin querer, sin buscarlo, una serie de acontecimientos que nos envuelven y nos condicionan, para bien o para mal; no es un ciego fatalis-

¹ Varios apartados de este trabajo fueron objeto de una exposición pública en la sesión ordinaria de la *Academia Auriense Mindoniense*, con motivo del encuentro realizado el día de San Rosendo y celebrado en la sede de la mencionada Academia, en Celanova.

² Cf. JUAN PABLO II, Carta encíclica “*Redemptoris missio*” n° 37 c.

³ Cf. ARISTOTELES, *Metafísica*, Lib. I, 980a.

⁴ Cf. ORTEGA Y GASSET, *¿Qué es filosofía?* Madrid, 19813, pág. 62.



mo que nos aherroja de tal forma que nos impide respirar en libertad; es la condición misma del vivir que se va deslizando entre los dedos sinuosos del tiempo; ¿acaso no hemos sido arrojados a las inciertas coordenadas de las circunstancias? Vivimos en este momento, aquí y ahora; este «*mundo vital*» es constitutivamente circunstancia⁵, que se encuentra toda ella vertebrada por las sutiles nervaturas de los *medios*. Vivir es vivir aquí, en este momento, ¡ahora! Nuestra vida está anclada en el *instante presente*. Cada uno de nosotros, sin quererlo, sin darse cuenta, se está proyectando hacia el futuro, *vivimos avanzando en nuestro futuro, apoyados en el presente, mientras que el pasado, siempre fiel, va a nuestra vera*⁶.

A partir de aquel discurso de Juan Pablo II en el acto europeísta que tuvo lugar en la catedral de Santiago, el 9 de noviembre de 1982, el tema de *Europa* se ha convertido en argumento y ocasión de numerosos acontecimientos culturales y políticos, de tal modo que la ciudad de Compostela ha sido meta de una serie de encuentros⁷. Aquel otoño de 1982 fue el punto de arranque para toda reflexión acerca de este nuevo *areópago* desde el que había que lanzar un nuevo grito de evangelización y, al mismo tiempo, tenía que ser nuevamente evangelizado; ese grito fue lanzado por Juan Pablo II en el santuario-basílica de Santiago y, a través de los medios de comunicación, se convirtió en una realidad emblemática que nos ha comprometido a todos los creyentes: *Vieja Europa: Vuelve a encontrarte. Sé tú misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces*.

Gracias a los *mass media* aquel proyecto esperanzador fue transmitido a todos los rincones de la tierra, de tal modo que se hizo elocuente; gracias a ellos, esa teoría interesante de la concepción del mundo como *aldea global*⁸ se hizo realidad. En aquel entonces, el obispo de Roma, hijo de la nación polaca, que siempre se consideró europea, *eslavo entre los latinos y latino entre los eslavos*, como le gustaba repetir, no ha dejado de pensar en Europa y en su futuro, por eso, desde Compostela, a través de los medios, con la fuerza de sus palabras, quería hacer descubrir a la vieja Europa sus raíces cristianas.

⁵ Cf. pág. 203.

⁶ José ORTEGA Y GASSET, Op. cit., pág. 214.

⁷ "IV Jornada Mundial de la Juventud" del 19 al 20 de agosto de 1989. "V Encuentro Ecuménico Europeo" del 13 al 17 de noviembre de 1991; etc. Es necesario subrayar los diversos encuentros organizados por la Delegación Episcopal de Pastoral Universitaria de Santiago de Compostela, por mencionar algunos sólo quisiera señalar los distintos títulos que de suyo son suficientemente emblemáticos: "*O carriño de Santiago e Europa*" en 1991; "*Europa e a Irise de valores*" en 1992; "*Europa: realidade e proxecto*" en 1993; "*Cara unha nova Europa: Cristiáns na universidade*" en 1994; "*Europa: Arte e credo*" en 1995; etc. En esta ocasión, el título del VII Encuentro de Universitarios Católicos es muy sugestivo: "*El areópago de Europa: Evangelización y medios de comunicación social*".

⁸ McLUHAN, M. - POWERS B.R., *La aldea global*, Barcelona 1994.

Sin embargo, en aquel Año Santo de 1982 no se podía prever lo que iba a suceder en un futuro inmediato, sobre todo en 1989, que parecía estar destinado, en un principio, a ser el año conmemorativo de la Revolución Francesa con el cual, el mundo llamado de la cultura, quería celebrar el verdadero comienzo de unos tiempos nuevos para occidente; entonces, nadie parecía atreverse a levantar su voz contra un hecho tan incuestionable como aquel; sin embargo, se dejaron sentir voces en contra de aquel acontecimiento pasado que se presentaba como el hecho más perfecto y la revolución más lograda de todas las llevadas a cabo por el genio humano. Como ejemplo, en el *Agustinianum* de Roma se celebró un congreso bajo el título *Contro l'89* y en él se puso de relieve la otra cara de la revolución de 1789, sobre todo su actitud deshumana, rabiosamente anticristiana y demoledora. Por otra parte, esta vez en España, a pesar del clima creado por la cultura laicista del momento, también se conmemoró otro 89, se trataba del IV Centenario de aquel memorable III Concilio de Toledo celebrado en el año 589; esta fecha supuso un paso decisivo en la historia de la vieja *Hispania*, al celebrar el hecho por el cual aquel país que se encontraba bajo el dominio arriano de los reyes visigodos, se convertía al catolicismo con Recaredo dando así inicio a la unidad de la patria gracias a la unidad de la fe.

Ahora bien, a pesar de lo que hemos afirmado hasta el momento, tenemos que decir que el año 1989 no pasará a la historia por la celebración de estos acontecimientos antes mencionados sino por otro hecho que transformará la faz y la historia europea. La noticia llegó por sorpresa, paradójicamente, nos sorprendió en otoño: *El muro de Berlín se venía abajo*. Con este hecho se iniciaba una nueva época para Europa, sin embargo, aquella fiesta —en la que tantos de nosotros hemos participado en ella a través de los medios de comunicación— alumbraba una nueva esperanza; aquellos acontecimientos, rápidos y efímeros al mismo tiempo, que han tenido lugar en las postrimerías del siglo XX y han llegado a nosotros a través de los medios informativos nos han ayudado a ahondar en esa Europa resquebrajada, en sus mismas entrañas, en aquello que la ha generado y la hizo existir, en su fuerza misteriosa —que a pesar de la pequeñez de su marco geográfico— la hizo ser universal y madre de la civilización occidental.

Es precisamente desde esta perspectiva desde la que deseamos plantear nuestra reflexión acerca de ese nuevo *areópago* que ha surgido en la vieja Europa y que se ha constituido en un ámbito, auténticamente revolucionario, para la nueva tarea evangelizadora como la denomina el papa Francisco; ahora bien, para lograr un adecuado planteamiento del problema es necesario, desde aquí, desde nuestra *situación* —un encuentro de hombres y mujeres universitarios que constituimos esta Academia Auriense-Mindoniense—, queremos abrirnos a la realidad que se esconde tras los fenómenos emergentes que se perciben de inmediato y de los que se hacen eco los medios de comunicación. Por otra parte, no nos olvidemos de que,

filosóficamente, al concepto de *situación* le pertenece esencialmente el de *horizonte*⁹. Si aplicamos esto al conocimiento que tenemos de Europa, desde nuestra *situación* actual, nos damos cuenta de que en la medida en que ampliamos el horizonte y nos abrimos, aunque sólo sea teóricamente, a nuevos horizontes, entonces nos enriquecemos. Cuántos, pretendiendo salir de la *aldea* de su conocimiento, con pretensiones universales, lo único que hacen muchas veces es asomarse a la *comarca* y ahí se encierran, sin descubrir otro horizonte, ni otra dimensión más abierta, más completa, más *católica*, dándole evidentemente a este concepto toda esa fuerza y sentido que brota de su raíz etimológica. Sobre Europa sabemos mucho, pero un hombre con horizontes, y más un universitario, desde su situación concreta, debe abrir y ampliar su ámbito visual y cognoscitivo; *el que no tiene horizontes es un hombre que no ve suficiente y que en consecuencia supervalora lo que le cae más cerca. En cambio tener horizontes significa no estar limitado a lo más cercano sino poder ver por encima de ello*¹⁰. Dentro de ese horizonte especulativo queremos situar la *idea de Europa* y para tener una conciencia refleja más auténtica de su profunda realidad necesitamos ahondar en sus *raíces* para descubrir su auténtico origen.

Con este estudio pretendemos descubrir lo substantivo de esta idea tan compleja, con el fin de poder encontrar en nuestro horizonte los rasgos fundamentales de lo que pudiera ser una nueva Europa, posiblemente esto que buscamos constituya, de hecho, una *utopía*, así es como hemos titulado la parte conclusiva de este trabajo: *Europa, ¡una gran utopía!*

1.- Del mito a la realidad.

La idea de Europa ha suscitado en la inteligencia de los hombres una fascinación peculiar debido a que en ella se han cristalizado las esperanzas históricas de nuestro mundo. Para no caer en apreciaciones parciales necesitamos ir a la esencia de su mismo ser, a las raíces, a eso que los históricos han venido a llamar la *idea de Europa*. Este término no encuentra otra justificación que la que ofrecemos. En griego, el adjetivo *euros* significa amplio, anchura. Y *ops* es el ojo, la vista, la visión; así nos encontramos con el *Zeus europe* que viene a significar *el Zeus que ve de lejos*, o mejor, a lo lejos y, en femenino, *Europa* sería algo así como una mujer de ojos grandes, de bella mirada y de hermoso rostro, que extiende su mirada más allá del horizonte que la circunda. Esa sería una hermosa hipótesis acerca del origen de este nombre.

Otra hipótesis sostiene que Europa igual que Asia viene de la lengua acadia: *asu* significa *surgir* y *“erebu”* *entrar*; de ahí que Asia sería el oriente, el lugar por donde

⁹ Hans-Georg GADAMER, *Verdad y método*, Salamanca, 1984, pág. 372.

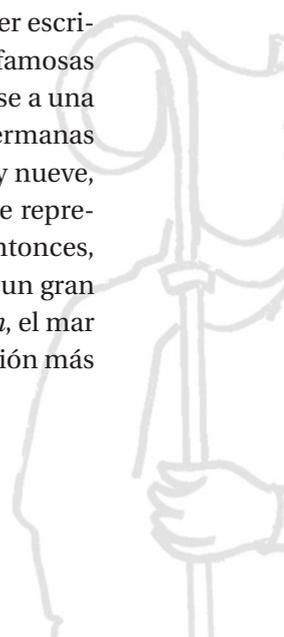
¹⁰ *Ibíd*, pág. 373.

surge el sol, mientras que Europa sería el occidente, por donde *entra* o se pone el sol¹¹. Sea como fuere, la etimología de este concepto no arroja mucha luz sobre esta idea que se va desplegando en la historia de la cultura hasta adquirir unas connotaciones tan complejas como las que hoy concurren en esta realidad contemporánea que está siendo sacudida por todo viento de ideologías y que, prácticamente, lo único que la sostiene es una estructura económica que parece amenazar resquebrajarse por varios puntos. Pero, a pesar de la confusa realidad que nos rodea ¿cuándo se ha comenzado a hablar de Europa? ¿Cuándo ha dejado de ser *un apéndice del continente asiático* para convertirse en un gran país?

El espíritu griego ha comenzado utilizando el mito y la poesía para pensar la realidad con la que se enfrentaba y aquello que, como realidad envolvente, le resultaba de difícil interpretación, entonces, recurría al mito, recurso tan utilizado por parte de los primeros pensadores occidentales que no sólo obedece a una pretensión de lograr una explicación total de la realidad, sino que para el hombre griego, el mito es una *actitud intelectual*, es decir, viene a ser como un esquema mental que subyace a la concreción de cualquier forma de pensar, como si se tratase de un cauce previo, a modo de una precomprensión, que se quisiera dar a la realidad, cuando esta más compleja. Esta actitud mítica en la que se encuentra sumergido el hombre de la vieja *Hélade* es algo imprescindible para su vivir y pensar, se podría decir que es similar —ruego que se me acepte el atrevimiento— a la estructura mental que generan en nuestra inteligencia los impactos de los *mass media*; no podemos ignorar la fuerte influencia que éstos ejerce en nuestro sistema cognitivo, porque de lo contrario no seríamos capaces de conseguir una comprensión omniabarcante de todos aquellos fenómenos socioculturales, políticos, familiares, religiosos, etc. que acaecen en nuestro entorno.

Como bien sabemos, la historia de la cultura griega se inaugura con las dos grandes epopeyas: la *Iliada* y la *Odisea*; sin embargo, en ellas no nos encontramos con la idea de Europa; hay que esperar a Hesíodo (s. VIII - VII a.C.), el primer escritor-poeta que podemos denominar *filósofo*, y comprobaremos que en sus famosas *Teogonías* aparece por primera vez el nombre *Europa* y lo hace para referirse a una *semidiosa*, una de las diez mil hijas de Océano y Tetys. Entre las muchas hermanas de *Europa* está *Asia* de la que nos habla en el verso trescientos cincuenta y nueve, y también de Libia (África). Estas tres jóvenes hermanas, que míticamente representan a los tres grandes continentes de los que se tenía noticia en aquel entonces, Hesíodo nos las muestra, de forma poética, cogidas de la mano en torno a un gran estanque en el que contemplan su belleza, ese estanque es el *Mare nostrum*, el mar que las une y que constituye el cauce de uno de los sistemas de comunicación más importantes de la antigüedad.

¹¹ Cf. Jean-Baptiste DUROSELLE, *Historia de los Europeos*, Madrid 1990, pág. 19.



Dentro de la mitología griega, también aparece Europa como una princesa de la estirpe real de Tebas raptada por Zeus¹²; sin embargo, a pesar de todo ello, no se puede olvidar que Europa es una realidad física preexistente al mito de su nombre. Podemos afirmar que la primera concreción material de Europa aparece en un poema dedicado *Ad Apollio Pitio*¹³, en el que se habla a *aquellos de Europa y a todos los de las islas bañadas por las olas*, se está hablando de una realidad geográfica limitada, de contornos imprecisos que normalmente se encuentra próxima a las fronteras de la *Hélade* o, como máximo, se piensa en aquellas regiones que mantienen relaciones constantes con el mundo griego y que están influenciadas por su civilización, es decir, *Italia y las costas mediterráneas de la Galia y de Hispania*¹⁴. Nosotros, querámoslo o no, somos y vivimos desde siempre de la herencia griega.

Por su parte, Herodoto (s. V a.C.) *padre de la historia*, desde las primeras líneas del primer libro dedicado a Clío, musa de la historia, se esfuerza por interpretar el mito de *Zeus-Europa*¹⁵; en ese análisis histórico ya nos encontramos con que se habla de dos Europas: una es la hija del rey fenicio, y la otra es el continente. Nos encontramos aquí con dos entidades diferentes, sin relación alguna; es más, llega a afirmar que *por lo que a Europa respecta, no parece saberse ni de dónde ha tomado su nombre ni quien se lo ha dado*¹⁶; sin embargo, él mismo manifiesta, con una cierta ironía: *No puedo adivinar por qué la tierra, que es única, tiene tres nombres, y los tres de mujer..., y no puedo encontrar los nombres de los que han dividido el mundo de esta manera, ni dónde han encontrado estas denominaciones*¹⁷. Y concluye diciendo: *Utilizaremos los nombres establecidos por la costumbre*. Pero no nos olvidemos que esos nombres aparecen en el mundo cultural griego. Esta interpretativa nos dará mucha luz para nuestra reflexión. Sin la cultura griega, y lo que esto supone, no entenderemos la compleja realidad de la vieja Europa.

Platón, no se preocupará del origen de Europa, sino del *alma del hombre*, de lo que ella debe ser, por eso ha sido llamado el *Padre de Europa*¹⁸. En la visión tripartita del hombre que nos ofrece, la fuerza integradora de todas las partes que cons-

¹² Cf. A. RUIZ ELVIRA, *Mitología clásica*, Madrid 1988, págs 172 ss.

¹³ Según la Enciclopedia della UTET, voz «*Europa*», Torino, 1968, el autor de este poema, del que no se tienen noticias ciertas, es contemporáneo de Hesíodo, de finales del siglo VIII a. C.

¹⁴ A. MOMIGLIANO, «*L'Europa come concetto político presso Isocrate e gli Isocratei*» en *Rivista di filologiae d'istruzione classica* 61 (1933) 479.

¹⁵ Cf. Gonzague de REYNOLD, *La Formación de Europa, 1 ¿Qué es Europa?*, Madrid 1947, pág. 71.

¹⁶ HERODOTO, *Historias*, IV, (?) Cf. G. de REYNOLD, op. cit., pág. 71.

¹⁷ Esta nota la hemos encontrado en Jean-Baptiste Duroselle, *Historia de los europeos*, Madrid, 1990, pág. 19.

¹⁸ Cf. J. PATOCKA, *Platos et l'Europe*, París, 1983.

tituyen el ser humano va a ser la *Noús*, es decir, la *Razón*, porque sólo a través de ella el hombre puede elevarse a *lo divino*. Este hecho es de tal importancia que Ortega y Gasset afirma que: *Hubo un momento, de cronología perfectamente determinada, en que se descubre el polo objetivo de la vida: la razón. Puede decirse que en este día nace Europa como tal (...) un día, en las plazuelas de Atenas, Sócrates descubre la razón. En (ese descubrimiento) está encerrada la clave de la historia europea, sin la cual nuestro pasado y nuestro presente son un jeroglífico ininteligible*¹⁹.

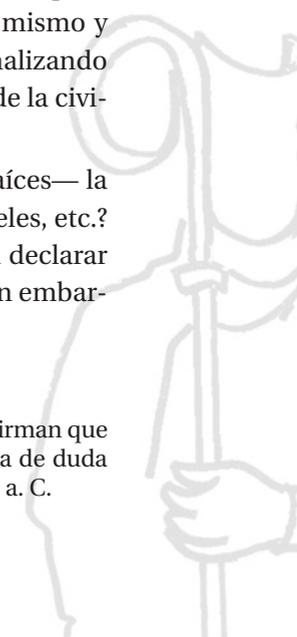
Por su parte, Aristóteles, distingue no sólo Europa de Asia, sino también Grecia y Europa; en su pensamiento subsiste todavía una gran incerteza a la hora de definirla; sin embargo, no se puede negar su presencia, ni siquiera una cierta importancia; se habla de los límites geográficos y de las peculiares características de sus habitantes, en realidad, busca un rostro para concretar esa identidad: *¿se busca al hombre europeo!* Si pretendemos buscar otros criterios identificativos más profundos de la idea naciente de Europa, vemos que el fundamental es el de la *libertad* política, helénica, contrapuesta a la *tiranía* asiática; esta libertad significa la participación de todos en la vida pública, sintiéndose *ciudadanos* y no *súbditos*, *siervos* o *esclavos*; otra de las características son las *leyes*, de acuerdo con las cuales viven los ciudadanos, y no supeditados al arbitrio de un déspota, de un caudillo o tirano. En consecuencia, la nota fundamental de la naciente idea de Europa es de carácter político y ya aparece en una supuesta obra de Hipócrates, en la que curiosamente se nos dice que los hombres europeos son “autónomos”²⁰ y dueños de sí mismos; en cambio los asiáticos aparecen como inferiores porque no existen *sui iuris* sino bajo el dominio de un déspota. Además, militarmente hablando, los *europeos* son mejores guerreros y más valerosos porque combaten para defender sus propios intereses y no por un jefe o caudillo.

El hombre “griego” —el genuino hombre europeo— no se queda aherrojado en la estructura caduca de lo mitológico sino que, llegado el momento oportuno, pasa ¡del mito a la razón!, esto acontece cuando comienza a indagar sobre sí mismo y sobre todo aquello que le rodea buscando el *logos* del mito, es decir, racionalizando lo mitológico se inicia el auténtico filosofar y con ello se ponen las bases de la civilización europea.

¿Por qué cuando nos planteamos, radialmente – es decir, desde sus raíces— la *idea de Europa* volvemos a Herodoto, Tucídides, Estrabón, Platón, Aristóteles, etc.? Como sabemos, el mundo ilustrado y racionalista se puso de acuerdo en declarar sospechosos a estos grandes maestros de la cultura llamada occidental; sin embar-

¹⁹ J. ORTEGA Y GASSET, *El tema de nuestro tiempo*, Madrid, 1987, págs. 113-114.

²⁰ (*De aëre aquis locis*), Ed. Heiberg, Lipsia, 1927, págs. 12, 18 y 23. Algunos autores afirman que esta obra no se puede atribuir con certeza a Hipócrates, sin embargo, está fuera de duda que es de un médico del siglo V a. C., aproximadamente entre el año 460 y el 420 a. C.



go, hoy más que ayer es absolutamente necesario a volver a ellos y sus explicaciones sencillas e ingenuas vuelven a adquirir un cierto valor, ya que a pesar de los posibles *errores científicos* que en ellos constatamos, nos damos cuenta de que las primeras tradiciones mitológicas nos sirven como criterios orientadores en nuestro estudio. En los siglos V y IV antes de Cristo la civilización griega alcanza su máximo apogeo; sin embargo, después de esta ascensión, breve culturalmente en el tiempo —ni siquiera se llega al siglo—, todo lo que se ha logrado se va diluyendo paulatinamente. Este clímax cultural, aparentemente, es obra de un hombre: *Alejandro Magno*. Pretendió conseguir una amalgama perfecta de dos pueblos tan distintos y distantes como son el europeo y el asiático: Grecia y Persia. Semejante empresa superaba las fuerzas de un solo hombre, o mejor, de todo un sistema que estaba abocado al fracaso. La ambición de Alejandro era construir la unidad imperial de todo el *orbe* habitado; algunos autores afirman que con su obra preparó el advenimiento de Europa. Su proyecto se convertiría en paradigmático para futuros gobernantes: Julio Cesar, Carlomagno, Carlos V, el esquema base de la Comunidad Económica Europea, etc.; sin embargo, no podemos olvidar que aquel ambicioso proyecto también le hizo correr un grave peligro a la naciente Europa, porque cuando Alejandro, traspasando las fronteras de Macedonia y de la *Hélade* —la vieja Europa— entra en Asia, pero ésta se encuentra en plena decadencia. La civilización de los persas carecía del poder y de la originalidad del pueblo heleno. En menos de veinte años aquel general, discípulo de Aristóteles, fue capaz de despertar e impulsar aquel mundo semítico, apático y amorfo. Asia recobró su puesto en el mundo de las grandes civilizaciones, pero lo hizo gracias al detrimento paulatino de Europa; si Alejandro no hubiese fallecido prematuramente, Europa no hubiera sido la realidad que es hoy, porque Atenas estaba debilitada, Roma era muy pequeña y se encontraba aislada, el resto de occidente era demasiado *bárbaro* para poder competir con la fortaleza física y cultural de aquel naciente imperio *greco-oriental*. ¿Qué hubiera sucedido si Alejandro continuase sus expediciones militares en el Extremo oriente, llegando por el valle del Ganges hasta el golfo de Bengala?

El panhelenismo de aquel joven de la Macedonia hizo correr a Europa un riesgo mortal de tal modo que para nuestro continente fue un acontecimiento feliz el que Alejandro muriese prematuramente y que Roma hiciese luego la conquista del mundo helenístico. Estas suposiciones no son gratuitas. Conviene demostrar a los europeos en toda ocasión, que Europa habría muy bien podido no nacer, que es pequeña y materialmente débil, y que su única fuerza reside en la *inteligencia de los hombres que la gobiernan, en su voluntad y su unión*²¹. Europa no se configuró como una realidad plenamente europea hasta que dejó de ser exclusivamente mediterránea para hacerse atlántica; por ello, se puede afirmar que: *en la azarosa*

²¹ *Ibíd*, págs. 47-48.

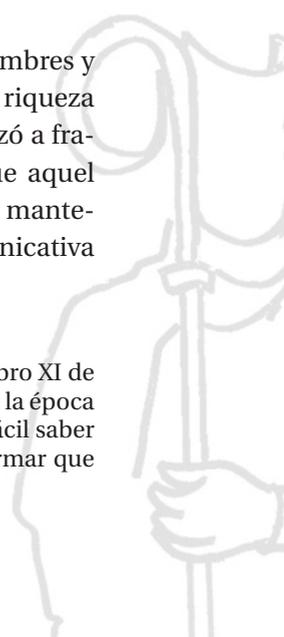
historia del concepto y de la realidad de Europa resulta muy significativo el hecho de que la idea de Europa haya sido resaltada siempre que se ha presentado algún peligro para los pueblos que pueden catalogarse dentro de este concepto colectivo²². De esta primera situación crítica la *idea de Europa* saldrá fortalecida, de tal modo que toda la civilización, llamada occidental —recordemos que a este occidente pertenecen también Norteamérica y Canadá— que se gesta en la cuenca del Mediterráneo, a partir de este momento va a respirar con dos pulmones: oriente y occidente. Dos ciudades, serán la expresión, tal vez no muy correcta, de esta realidad: Atenas y Roma. O como afirman otros: la razón y el derecho.

El helenismo se convirtió en un estilo nuevo, una nueva civilización. Su novedad constituye en una especie de primera “modernidad”. Decimos que con el helenismo se inicia un período de “modernidad” porque supone el fin del régimen de la *polis*, es decir, de la *ciudad-estado* y la decadencia de una serie de costumbres y principios tradicionales. A la *ciudad-estado*, le sucede una revitalización del *ciudadano*, el *polités* que en este momento ya no es un simple miembro de la *polis* con la cual se identifica a todos los niveles, sino que se convierte en miembro de un imperio cuyas fronteras se hundieren en el horizonte; no se encuentra encerrado en el marco de las estrechas fronteras de la ciudad *polis*, sino que el ciudadano *polites* ahora se convierte en *cosmopolita*, en un *ciudadano del cosmos*, un inmenso mundo cuyas fronteras están muy lejos del horizonte vital del ciudadano. La sociedad del helenismo es marcadamente urbana, como lo había sido la sociedad griega que se caracterizó por ser fundadora de ciudades en aquellas tierras extranjeras en donde ejercía el comercio u otras actividades; sin embargo, la ciudad griega tenía unas dimensiones muy humanas, era muy pequeña, exceptuando Atenas y alguna más. Las ciudades helenistas son grandes urbes²³, con una vida más atareada, bulliciosa y cosmopolita que la de las *polis* de la vieja *Hélade*. Esto se deja notar en la división de las grandes urbes en distintos barrios de acuerdo con la procedencia de sus habitantes, y, posteriormente, de acuerdo con sus religiones.

Aquella sociedad individualista, con una profusión de ideologías, costumbres y manifestaciones religiosas, en la que reinaba un afán desmesurado por la riqueza y por los goces efímeros de una vida que se presentaba muy corta, comenzó a fraguar su fracaso. Es un hecho aleccionador, para hoy y para siempre, que aquel ambiente cosmopolita rompió con las tradiciones; tan sólo se preocupó de mantener su *helenismo*, que se podría entender como una *superestructura* comunicativa

²² J. RATZINGER, *Iglesia, ecumenismo y política*, Madrid 1987, pág. 243.

²³ Según las crónicas de Diodoro de Sicilia, nacido en torno al año 90 a. C., en el libro XI de su *Biblioteca histórica*, Alejandría era la ciudad más poblada de la antigüedad, en la época de decadencia llegó a tener unos trescientos mil ciudadanos libres; no resulta fácil saber cuántos había tenido en su época de prosperidad, algunos autores llegan a afirmar que alrededor de un millón.



a través de la cual se mantenían en contacto los hombres y mujeres de diversas procedencias. Por otra parte, algo que es necesario resaltar, fue el hecho gravísimo de que el sentido y el valor de la familia, tan arraigado en la vieja Grecia, se pierde en la nueva ciudad —moderna— del helenismo. Resulta curioso destacar que la mujer comenzó a tener su independencia, con autonomía del varón, incluso se llegó a liberarla de algunos de sus deberes, entre ellos se negó a tener más hijos. No era esta una situación nueva, sin embargo, lo novedoso es el matiz de esta negación; durante la época arcaica el campesinado no deseaba tener hijos porque era excesivamente pobre para alimentarlos, llegando a producirse un fuerte control de la natalidad; ahora son las clases altas, las más adineradas, las que se niegan a ello y el motivo es porque poseen muchos bienes y los hijos constituyen un estorbo. Pero, mientras que la *élite* social se va debilitando, la población bárbara se hace más fuerte y numerosa; esta clase social elevada estaba formada por una minoría de elementos de la nobleza, el resto eran advenedizos, aventureros de la nobleza: ¡los nuevos ricos! Por otra parte, la mujer helenística llega a poseer una influencia excepcional, se emancipa de la tutela del hombre, no existe ningún aspecto de la vida pública en el que ella no intervenga, participa en actividades políticas y en competiciones deportivas, posee sus lugares de encuentro, etc²⁴.

Pero en una sociedad llena de contrastes, preocupada de sus particularismos, era absolutamente imposible el patriotismo de los antiguos ciudadanos de la *polis*; al ciudadano del helenismo le falta la conciencia histórica de su pasado y de su pueblo, pertenece a una ciudad *nueva*, a un *imperio nuevo*, pero ha perdido su *memoria histórica*, parece carente de pasado. Otro elemento interesante de esta situación es que apenas existe una clase media; lo que sí hay es un fuerte *proletariado urbano* compuesto por una ingente muchedumbre de todas las lenguas y lugares, liberados, artesanos, tenderos, marinos, esclavos, etc., es una página frecuente en todas las ciudades de oriente. En ocasiones se rebelaban contra el sistema, pero no eran de temer a causa de su falta de cohesión; eran víctimas de una política preocupada por *lo universal* y lo abstracto, es decir, por *lo imperial*, pero carente de la menor sensibilidad hacia lo individual y concreto; este grupo social se desgastaba incesantemente a consecuencia de la enfermedad, de las ínfimas condiciones de vida; a pesar de todo, las bajas eran cubiertas, no sólo por los nacimientos, sino también por otro proletariado, el agrícola, que alimentaba al primero. La tierra era una de las fuentes de riqueza y de abastecimiento para la gran ciudad, sin embargo, el campesino emigra a la gran *urbe* en donde pretende encontrar otros medios de vida más fáciles ¡eterna ilusión que se repite con frecuencia!, ya que la intervención estatal, creando un régimen de monopolios, llega a revestir *la forma de un socialismo*²⁵ muy sugerente. Con esta política se pretende obtener el máximo

²⁴ Cf. REYNOLD, Op. cit., pág. 56.

²⁵ *Ibíd.*, pág. 61.

de beneficios a pesar de que el sector quedaba reducido a la más lamentable de las situaciones, obligándole a una serie de revueltas sangrientas y de huidas a otros lugares. Todo esto engendró una situación en la cual la población dedicada a la agricultura no crecía, originando frecuentes problemas de abastecimiento de alimentos y de faltas de recursos a la corona.

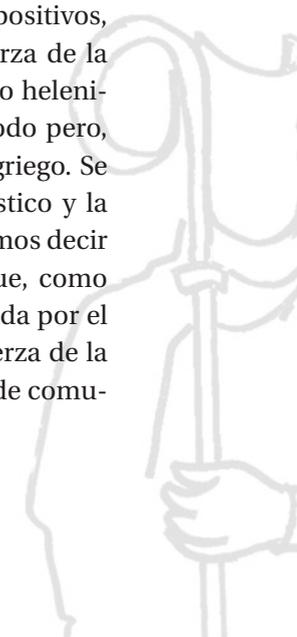
En este estado de *modernidad y decadencia* no podemos olvidar uno de los elementos del mundo helenístico que ha contribuido a la *preparación del nacimiento de Europa*, nos queremos referir a la actividad económica y al comercio mediante el que se realiza no sólo un intercambio de mercancías, sino también de culturas, gracias sobre todo a las redes de comunicación tan extensas que recorrían el mundo conocido, por las vías marítimas, terrestres y fluviales.

Alejandro Magno no había previsto su sucesión y tampoco se pudo imaginar que iba a morir tan joven, por eso al desaparecer aquel grande y ambicioso *macedonio*, el gran Imperio se divide y, como consecuencia, surgen una serie de luchas, no ya entre ciudades, sino entre los mismos *estados*, porque en el Imperio de Alejandro había espacio para muchos *estados*²⁶. Sin embargo, así como bajo el imperio de Alejandro, sobre Europa se cernió una nube de amenaza, con su muerte y gracias a la política de sus muchos sucesores, el helenismo volvió la mirada a sus raíces, es decir, se dirigió a la cuenca del Mediterráneo; otra vez la vieja Europa, de la decadencia y de la modernidad encarnada en aquel efímero Imperio vuelve a resurgir con nuevo afán.

2. Un nuevo areópago, un nuevo estilo: Roma.

Sin el helenismo, ni la civilización llamada europea, ni siquiera nuestra idea y concepto del hombre y de todo aquello que le afecta, serían concebibles; la misión de Roma consistirá en actuar como intermediaria entre el civilizado mundo Oriente y los pueblos *bárbaros* del Occidente europeo. Los romanos, hombres de acción y no de grandes especulaciones, menos poetas pero más pragmáticos y positivos, grandes administradores y óptimos militares, fueron los que con la fuerza de la espada y su genio organizador lograron que todo aquel grandioso mundo helenizado no se convirtiese en cenizas; en realidad, ellos lo sistematizaron todo pero, quien reconquistó social e intelectualmente el occidente fue el espíritu griego. Se da una perfecta interrelación entre la romanización del Oriente helenístico y la helenización del Occidente romano; estos dos movimientos, que pudiéramos decir que son paralelos, convergen en una nueva *civilización cosmopolita* que, como aquella creada por Alejandro, también será una compleja realidad marcada por el eclecticismo, sin una cohesión interna, sino tan sólo sostenida por la fuerza de la organización política y militar de Roma ejercida a través de sus sistemas de comu-

²⁶ G. de REYNOLD, Op. cit., pág. 51.



nicación tanto por tierra como por mar. Aunque algunos no admitan esta realidad, sin embargo, la cohesión interna del sistema será obra del genio inspirador del cristianismo.

Esta *civilización cosmopolita* no fue todavía europea, ya que Roma seguía siendo un poder cuyo ámbito de acción era el Mediterráneo; la incorporación de la llamada Europa continental a la incipiente unidad política limitada a las tierras costeras del *Mare nostrum* fue obra del talante militar de Julio César que *es el prototipo genial del hombre a la vez conquistador y organizador*²⁷; antes de su brillante intuición la idea de Europa pasaba desapercibida, ni siquiera Virgilio y Horacio, que poseían una magnífica sensibilidad poética y una buena preparación histórica, fueron capaces de captar esta realidad. Incluso Estrabón sólo llega a sintetizar el *sentimiento de la unidad y de colaboración entre los pueblos de Europa*²⁸, pero nada más. Sin embargo, es Julio César quien nos ofrece una visión completa de esta idea y tiene, además, conciencia clara de que esta realidad emergente de Europa es mejor que esté unida y no dividida. Gracias a él se van cubriendo de nombres los muchos espacios en blanco de la imprecisa y confusa carta geográfica europea; pero más que en su obra escrita, tenemos constancia de que este pensamiento vertebró su carrera militar y política, manifestándose en su vocación y empeño *européístico*²⁹. Ahora bien, fuera de Julio César no es posible encontrar otros autores que aporten datos nuevos sobre esta gran idea, tan sólo podemos intuir una serie de aspectos e indicaciones acerca de Europa en la génesis y desarrollo de la *respublica romana*; entre estos, el más evidente es el concepto de *libertad*, más en concreto la *libertad política*, que ya habíamos visto en Herodoto y Aristóteles³⁰, de tal modo es así que pudiéramos establecer una perfecta ecuación entre estos dos aspectos esenciales de la configuración de Europa: *Idea de Europa = Libertad política*.

El que continuó la obra de Julio César fue su hijo adoptivo Augusto, que con sus campañas militares salvó a la civilización europea de ser absorbida por el antiguo oriente, o por los pueblos bárbaros del occidente, inaugurando un nuevo período de expansión para la cultura helenístico-romana. De hecho, a lo largo de unos cuatro siglos, la Europa centro-occidental estuvo sometida a un férreo proceso de romanización; es precisamente en este hecho —doloroso por lo que supone de proceso de erradicación de unas costumbres, muchas veces violentamente, e instaurar otras—, en donde encontramos el fundamento del ulterior desarrollo de la civilización europea. De hecho, en la historia de la cultura europea, lo más importante es el *proceso de urbanización*; es decir, Roma introdujo la *cívitas* en la Europa

²⁷ Ibid., pág. 153.

²⁸ Cf. Ibid., págs. 146-147.

²⁹ Cf. Luigi MISTRORIGO, *L'idea de'Europa*, Roma 1981, pág. 21.

³⁰ HERODOTO, *Historias*, VII, 104; ARISTÓTELES, *Política*, VII, 1327 b

continental y, con la *cívitas* se fraguó la vocación de *ciudadano* y surgieron las *tradiciones cívicas*. No podemos olvidar que una de las ideas de Augusto fue superar el militarismo romano de épocas pretéritas y promover el ideal de un ejército constituido por ciudadanos; es más, el ejército debía ser *una escuela de ciudadanía*³¹; esta praxis de convertir el ejército, columna vertebral Imperio, en un ámbito de promoción social y económica y, al mismo tiempo, en escuela de ciudadanos fue perdiendo eficacia poco a poco, a medida que se acercaba el ocaso de Roma. Es precisamente en el ejército y, a través de él, como podemos entender una de las claves, no pequeña, de la decadencia de Roma³².

Algo similar a lo que había sucedido con el Imperio de Alejandro Magno que de una gran diversidad de pueblos y costumbres logró agruparlos en una realidad común, disgregándose con su muerte, lo mismo va a suceder con Roma. El Imperio se sitúa en todas partes, a la defensiva, va cediendo por doquier, sus instituciones, su administración y, sobre todo, su grande y disciplinado ejército no fueron capaces de mantenerse. La *Pax romana*, que llenaba de orgullo a los habitantes de las riberas del Tiber, se había convertido en un mito, pero la seguridad de las fronteras se fue perdiendo, incluso la hegemonía en el Mediterráneo. Parece que todo se viene abajo, también aquella idea genial de Europa que parecía adquirir una cierta consistencia, da la sensación de que comienza a romperse en pedazos y, sin embargo, no es así, ya que justo a partir de este momento, gracias al genio del cristianismo —*el suceso más revolucionario de la historia de Europa occidental*³³— esa *idea*, apenas esbozada, encuentra la manera apropiada para reforzarse y expandirse.

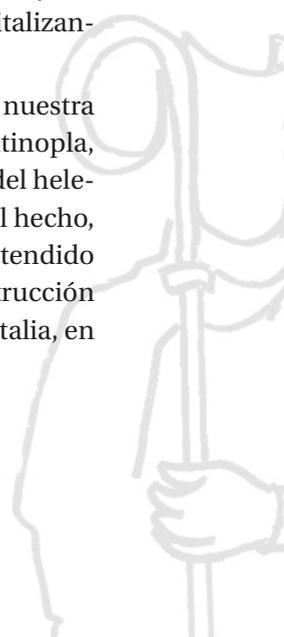
¿Por qué la *idea de Europa* se mantiene por encima de la caída del Imperio y de la agonía de Roma?, porque, a pesar de todo ese mundo que se viene abajo, perdura aquello que constituía una de los fundamentos más seguros de esa idea: *la libertad*. Europa debe su existencia política al Imperio romano, pero su unidad espiritual es obra del cristianismo. Cuando la dominación romana llega a su fin ya el cristianismo, como levadura en medio de la masa, está fermentando y revitalizando sus venas.

El término de la dominación romana puede ser fijado en el año 565 de nuestra era, con la muerte de Justiniano. Este emperador, obrando desde Constantinopla, como romano y como cristiano, representa el paso, sin transición alguna, del helenismo romano al helenismo bizantino; sin embargo, es curioso constatar el hecho, un tanto emblemático, de que dejándose llevar de un celo cristiano mal entendido acaba con la que pudiéramos denominar *universidad* de Atenas; esta destrucción coincide, cronológicamente, con la clausura del último templo pagano de Italia, en

³¹ Cf. Ch. DAWSON, Op. cit., pág. 26.

³² Cf. Luis SUÁREZ, *Raíces cristianas de Europa*, Madrid 1986, pág.29.

³³ G.H. SABINE, *Storia delle dottrine politiche*, Milano, 1953, pág. 15.



el año 529; era el templo dedicado a Apolo y al que los habitantes del contorno seguían venerando en secreto, cerca de San Germano, sobre Montecasino. Resulta emblemático afirmar que cuando Benito de Nursia, abandonó Roma con alguno de sus compañeros y se retiró a aquel lugar, derribó la imagen idólatra que allí se encontraba y convirtió el templo en una capilla dedicada san Martín de Tours³⁴. No nos olvidemos de que Martín significa “pequeño Marte” y que ejerciendo la actividad castrense, al convertirse abandona la carrera militar y se hace monje. Era esta una forma nueva de *ser* y *servir* a aquel *nuevo mundo* que estaba renaciendo.

La *idea de Europa*, como hemos visto, no desaparece del horizonte histórico del hombre occidental con la caída del Imperio; antes al contrario, con la expansión de la obra evangelizadora llevada a cabo por el cristianismo, experimenta un profundo desarrollo, aprovechando los cauces de comunicación creados por el Imperio. Ya desde el principio de la evangelización, ésta se llevó a cabo gracias a las infraestructuras creadas por Roma a lo largo de todos los países por los que se había expandido, de tal modo que la primera evangelización se hizo efectiva, no sólo como consecuencia del fuerte dinamismo sobrenatural que la alentaba, sino también gracias a aquellos sistemas creados por el decadente Imperio, sobre todo la lengua y la cultura latina, y las numerosas vías que recorrían y comunicaban los grandes núcleos urbanos del momento.

Aquella evangelización comenzó “durante la visión nocturna que San Pablo tuvo en Tróade en el Asia Menor, un varón macedonio, por lo tanto un habitante del continente europeo, se presentó ante él y le suplicó que se dirigiera a su país para anunciarles la Palabra de Dios: Pasa a Macedonia y ayúdanos”³⁵. Aquella noche comenzó la aventura cristiana de Europa. La Europa cristiana se inicia con un grito de angustia: «¡ven y ayúdanos!»³⁶.

A partir de aquel momento, una nueva vitalidad penetró en las estructuras caducas de la civilización helenístico-romana; esta fuerza religiosa, sin raíces en el pasado europeo, o en las tradiciones mitológicas clásicas, era de origen oriental. El cristianismo brota del seno del judaísmo. Judía era la familia humana de Jesús, judíos sus discípulos, judíos también los primeros bautizados que rompen las fronteras excluyentes del nacionalismo hebreo asumiendo una misión universal. Muchas ideas de la vieja civilización fueron asumidas e integradas en su sistema organizativo, entre ellas el concepto de *ciudadanía* que el cristianismo eleva a una dimensión espiritual.

³⁴ Afirmación de Hertzberg que es recogida por Reynold en su obra *La formación de Europa. 111 El helenismo y el genio europeo*, pág.75.

³⁵ JUAN PABLO II, Carta Encíclica «*Slavorum Apóstoli*» nº 8.

³⁶ Cf. Hch. 16, 9.

La Iglesia, que no era un estado dentro de otro, aunque sí se sentía como una sociedad perfecta y autónoma que vivía dentro de aquella que se encontraba en franca decadencia –recordemos las tesis expuestas por Agustín de Hipona en su *Civitas Dei*–, también se preocupó de los pueblos que se encontraban al otro lado de las fronteras del imperio. De hecho, el papa Gregorio el Grande envió misioneros a las tierras del norte³⁷. Las consecuencias de aquella decisión fueron muy importantes, ya que tanto los celtas como los sajones que hablaban la lengua de los germanos y no el latín, se lanzaron a la evangelización de toda la Germania. El siglo VIII supuso la incorporación de muchos pueblos, llamados *bárbaros* a la Iglesia; a partir de entonces la *Cristiandad europea* tuvo un carácter tripartito: griego, latino y germánico. Realidad esta que no podemos olvidar.

Es precisamente en los primeros siglos cuando algunos hombres de Iglesia se esfuerzan por llevar a sus últimas consecuencias el mensaje cristiano, esto suponía una ruptura con el estilo de vida, muchas veces paganizado. A partir del siglo III comienzan a surgir tanto en oriente como, más tarde, en occidente, la vida eremítica y cenobítica³⁸. El mundo civil, primero griego, después helenístico, más tarde helenístico-romano como contrapuesto al *bárbaro*, encuentra una perfecta adecuación en el mundo cristiano, sin embargo, no se habla de Europa que todavía no ha adquirido su peculiar y propia fisonomía. En la época medieval³⁹ el término *christianitas* aparece como un elemento del lenguaje habitual, sin embargo, el de *Europa*, si se utiliza, sólo se le entiende en sentido geográfico⁴⁰.

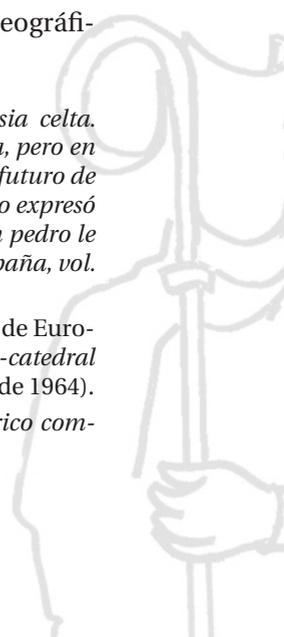
Curiosamente, hacia el año 769, un cristiano que vivía en el Califato de Córdoba, llamado Isidoro el Joven –otros le llaman *Isidoro Pacensis*–, nos describe la batalla de Poitiers y llama *europeos* a los soldados de Carlos Martel. El término Europa reaparece durante la época carolingia dentro de un marco significativo que vienen a significar: *la unidad cristiana occidental*. En un poema de un tal Agilberto aparece Carlomagno como *rex pater Europae* y también *Europae venerandus apex*, este concepto de *Europa* se sigue entendiendo como una entidad geográfi-

³⁷ Como consecuencia, «nació una Iglesia anglo-sajona en paralelo con la Iglesia celta. Ambas se enfrentaron, usando como siempre pretextos de no mucha importancia, pero en el Sínodo de Witby (año 664) los reyes tomaron una decisión importante para el futuro de Europa: la obediencia a Roma por encima de la tradición heredada. El rey Oswy lo expresó de manera bastante cómica cuando dijo que no quería que, al llegar al cielo, San Pedro le cerrara las puertas por no haber obedecido a su sucesor». V.V. A.A., *Historia de España*, vol. III, pág. V.

³⁸ Cf. PABLO VI, Breve Apostólico «*Pacis nuntius*» declarando a San Benito Patrono de Europa. *Ibid.*, *Alocución en Montecasino con ocasión de la consagración de la basílica-catedral y la proclamación de San Benito como celestial patrono de Europa* (24 de octubre de 1964).

³⁹ En la historiografía moderna se entiende por época medieval el período histórico comprendido entre el año 476 d.C. y el año 1454.

⁴⁰ Cf. Denys HAY, *Europe. The Emergente of an Idea*, Edimburgo 1957, pág. 22.



ca⁴¹. En el siglo IX hay una identificación entre el Imperio y *toda la Europa occidental*, es decir *Tota occidentales Europa*. En este mismo siglo, aparece un tal Nithard (798-858), hijo de Berta y nieto de Carlomagno, el cual escribió: *Carlos, llamado por todos los pueblos el gran Emperador, dejó saciada a Europa entera de sus bondades* y unos años después, en el 884, un monje de la abadía de Saint Gall, autor de la obra dedicada a Carlos el Calvo, *De Gestes Karoli Imperatoris*, afirmaba que la obra de Carlomagno se extendía a *toda Europa*. Por otra parte, Widukin (+ 936), autor de *Res gestae saxonicae* afirmaba que el Emperador era, por derecho propio, *señor de toda Europa*⁴².

En realidad, el Imperio fraguado por Carlomagno no es algo *nuevo* específicamente distinto del Imperio Romano y del Bizantino. El sueño de Carlomagno era restaurar el Imperio Romano de Oriente y Occidente; en este hecho se apoya la emblemática coronación del año 800. El contenido ideológico de esta *idea de Europa* es la *Ecclesia romana*, el *regnum Sanctae Ecclesiae*; es decir, son los *romanos*, en contraposición a los *griegos*, representados por Bizancio que, de algún modo, queda fuera de esta realidad nueva, no es Europa, porque *Europa* será entendida como la *cristiandad occidental* que está sometida políticamente a Carlomagno; mientras que la *cristiandad oriental* está sometida al emperador de Constantinopla⁴³.

La época medieval creó un *mito* que al magnificarse se convirtió en la leyenda de Carlomagno. Cuando la Europa de los pueblos, la *Cristiandad* se encuentre en franca decadencia, instintivamente se vuelve al tiempo de Carlomagno, como una época de paz y de bienestar, una especie de *edad de oro*. Esta leyenda aunque se adecuaba poco a la veracidad de los hechos, sin embargo, a lo largo de la historia, se ha comprobado que muchas veces una leyenda vale más que la objetividad real de los datos. Precisamente, a partir de este *mito* viene la *idea* o, si se quiere, *el ideal* de la *unidad europea*, de todos los europeos en la *única y pacífica comunidad cristiana* que se encuentra bajo un solo jefe, y eso se logra a través de una instrumentalización comunicativa sin la cual sería imposible que pudiera ser pensado. Esta *idea* o *ideal* que surge del *mito Carlomagno* y que va a contrastar con los intereses particulares de los pueblos, de las diferencias entre ellos, que fueron y siguen siendo muy difíciles de superar. Sin embargo, a partir de aquel momento, poco a poco, las naciones europeas comenzaban a cristalizar y el mapa de Europa adquirirá otro rostro, surgirá la Europa moderna, ¡*la Europa de las naciones!*⁴⁴.

⁴¹ Cf. W. ULLMANN, *The Growth of Papal Government in the middle Ages. A Study in the ideological relation of clerical to lawpower*, Londres 1955, pág. 95 y también en la pág. 105.

⁴² Cf. J. B. DUROSELLE, Op. cit. 109.

⁴³ Cf. Federico CHABOD, Op. cit., pág. 30.

⁴⁴ Cf. Geoffrey BARRACLOUGH, *Il Crogiolo dell'Europa*, Bari 1978, pág. 58.

A lo largo de todo el período medieval sólo encontramos el concepto de *Christianitas* y no el de *Europa*; todo el pensamiento político medieval se apoya sobre el hecho de la *Cristiandad* y es precisamente desde aquí desde donde arrancan todas las aspiraciones y realizaciones de los diversos pueblos de la geografía europea para unirse bajo un jefe común en una empresa determinada; este jefe será en el aspecto político, el emperador, en el religioso, el obispo de Roma y, claro está, esta nueva cosmovisión se apoyará en una infraestructura comunicativa que, de acuerdo con los tiempos, se transmitirá a través de los monasterios y de sus escuelas, de las estructuras parroquiales diseminadas por los burgos y las aldeas extendidas por los campos. Sin esta compleja trama de realidades comunicativas sería impensable la evangelización y el despliegue del ideal de la cristiandad medieval.

3. De la *Christianitas* medieval a la Europa de las naciones.

El Renacimiento, con todo lo que supuso de *modernidad* en muchas de sus afirmaciones, estaba mentalmente anclado a la idea del momento o del modelo pasado que había contemplado en la antigua Grecia y en Roma; es decir, para el hombre de este período habían existido unos modelos artísticos, literarios, arquitectónicos, filosóficos en un momento de la historia clásica que había adquirido tal perfección y belleza, que en ninguna otra circunstancia de la historia se podría superar ese *summum* del ingenio humano. Lo mismo acontece con el desarrollo de la “*idea de Europa*”. Este concepto reaparece en Dante⁴⁵ pero lo que él tiene en su mente es la Europa física⁴⁶, es la *Europa regione nobilísima*⁴⁷ e Italia es el *giardino dello imperio*⁴⁸.

El término “*européo*” que habíamos encontrado de forma aislada en un documento del siglo VIII, reaparece ahora con más fuerza en el siglo XV. Va a ser el erudito italiano Eneas Silvio Piccolomini (1405-1464), que más tarde llegará a ser obispo de Roma con el nombre de Pío II, el que nos hablará de los “*europaeus*”⁴⁹, y a partir de este momento será de uso normal en el lenguaje. Por otra parte, la primera formulación de la *idea de Europa* como una comunidad que posee unas características específicas y que no se centra sólo en los aspectos geográficos, y mucho menos en los religiosos, sino que nos ofrece una presentación “terrena” y “laica” de Europa, la encontramos en las obras del político e historiador florenti-

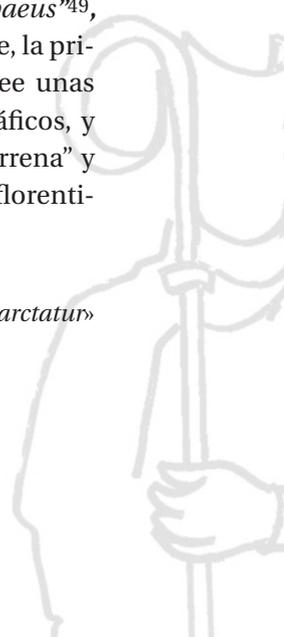
⁴⁵ «*Romanorum gloriosa potestas nec metis Italiae nec tricornis Europe margine coarctatur*» DANTE, *Epistolae*, VII, 11.

⁴⁶ Cf. DANTE, *Paradiso*, VI, 5 y *Monarchia*, II, viii, 7.

⁴⁷ *Ibíd.*, *Monarchia*, II, iii, 17.

⁴⁸ *Ibíd.*, *Purgatorio*, VI, 105.

⁴⁹ Cf. D. HAY, *Op. cit.*, págs. 86 ss.



no, Maquiavelo (1469-1527)⁵⁰; él ya no habla de la *christianitas* que ha quedado olvidada, sino de la Europa que posee una personalidad y una individualidad basada sobre un modo de organización política permanente que le diferencia de otros Estados. Europa es la realidad integrada por muchas virtudes individuales alimentadas por el trasfondo de la libertad. Surge una Europa con una característica peculiar que no es ni geográfica, ni religiosa, sino que se funda en un tipo de organización política estable.

Esta libertad de los Estados de Europa es tan importante que se la defiende de forma radical y absoluta contra toda posible amenaza, por eso se opone al advenimiento de una posible *monarquía universal*, ya fuese Carlos V o Felipe II, o bien Luis XIV; fuera quien fuese el que llevase la corona de Europa, esto supondría el fin de la libertad y al mismo tiempo, para evitarlo fue necesario un trabajo continuo, por medio de un sistema diplomático estable, —creación no del espíritu italiano—, sino de la Europa moderna de los siglos XV y XVI⁵¹. Además de todo esto no podemos olvidar el otro gran medio comunicativo que va acercar todas estas ideas a los lugares más recónditos de la geografía europea; nos estamos refiriendo al del libro impreso⁵². Por otra parte, para solucionar el problema de las múltiples guerras entre estos pequeños Estados, fue necesario crear un sistema de *organizaciones internacionales y pactos*, similares a los que en el Medioevo se constituían en forma de cruzadas para defenderse contra la invasión musulmana; este tipo de organización ahora quiere ser permanente y europea con el fin, no de luchar contra los “*infielos*, sino para evitar los altercados entre los príncipes de Europa⁵³.

Algún autor, como el abbé de Saint Pierre en el último artículo de su proyecto de *Paz perpetua* de 1713 establece la *unión europea*, una especie de sociedad permanente de las naciones europeas para mantener la paz. El mismo Jean-Jacques Rousseau llega a decir que *nunca un proyecto tan grande, tan hermoso y tan útil ocupó el espíritu humano, que aquel de una paz perpetua y universal entre todos los pueblos de Europa, y jamás un autor fue tan digno de la atención del público como aquel que propone los medios para llevar a la práctica tal proyecto*⁵⁴. También Immanuel Kant afirma que para lograr una paz perpetua ésta debe apoyarse en el derecho internacional que, a su vez, debe fundarse en una federación de Estados libres⁵⁵. La vía de estos pensadores era la de las utopías, ellos tenían la imagen de una Europa

⁵⁰ «Il ragionamento mio della guerra non ha a passare i termini d'Europa. Quando così sia, io non vi soppo obbligato a rendere ragione di quello che si é costumato in Asia». NICOLA MAQUIAVELO, *Arte della guerra*, II, p. 228.

⁵¹ Cf. F. CHABOD, Op. cit., pág. 55.

⁵² Cf. H. ESCOLAR, *Historia del libro*, Madrid 1988, págs. 294 ss.

⁵³ *Ibid.*, pág. 55.

⁵⁴ Jean-Jacques ROUSSEAU, *Opere*, Firenze 1972, pág.139.

⁵⁵ Immanuel KANT, *Scritti politiche di filosofia delta storia del diritto*, Torino 1956, pág. 297.

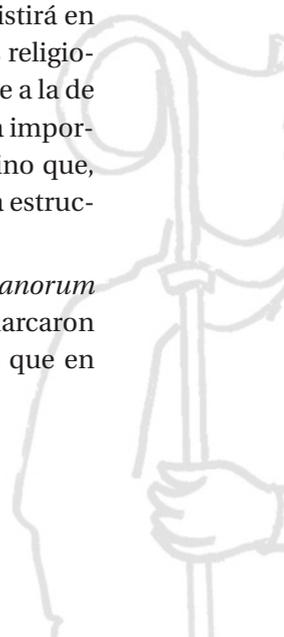
como de un *cuerpo político* unitario en algunos aspectos y dividido en varios organismos estatales; es decir, querían contemplar a Europa como un cuerpo animado por muchas almas. Ésta se presentaba como ese continente privilegiado y casi predestinado para llevar a cabo nuevas formas de colaboración internacional, sin odios, sin guerras, de tal modo que de ella puedan aprender los otros continentes; es precisamente esa Europa la que idealmente queda reflejada en el tratado sobre la *Paz perpetua* de Kant, o en aquella que vislumbra el abbé de Saint Pierre, en Rousseau, en Voltaire; a pesar de todo, este último, un anticlerical del siglo XVIII, es el primero de este *Siglo de las luces* que sigue hablando de *Europa cristiana*. Este concepto aparecerá después en Rousseau y Montesquieu que define a Europa como *un Estado compuesto por varias provincias*⁵⁶. Sin embargo, que esta compleja realidad posea unas peculiares características políticas que le sirvan para definirse delante de los otros continentes, no es suficiente para explicar el despliegue de su “idea”; por eso, para saber cómo ésta se fue gestando poco a poco en el seno geográfico del viejo continente, es necesario no olvidar el hecho de que existen unas circunstancias económicas que conviene examinar y que van a dar la clave de una serie de desarrollos ulteriores, de tal modo que la economía generará y potenciará nuevas vías de comunicación que revolucionarán el mapa geopolítico y cultural del mundo.

El cambio del comercio internacional del Mediterráneo al Atlántico llevó consigo la decadencia de las repúblicas de Venecia y Génova, desarrollándose económica, política y marítimamente los Estados que se asoman al océano; esto nos sitúa ante un nuevo hecho que es el descubrimiento de América y la influencia que Europa tuvo en esta gesta y la impronta que dejan en el vivir de los europeos los nuevos pueblos descubiertos. El conocimiento de nuevos mundos hace que los europeos se esfuercen por delinear con más claridad aquellas particulares características que les definen frente a ese *Nuevo Mundo* apenas descubierto. Los habitantes de la vieja Europa se sentirán cada vez más europeos y no ya cristianos, porque también se cristianizan los habitantes de las nuevas tierras, por ello se insistirá en las costumbres, en la política, en las diferencias culturales, más que en las religiosas y esto es porque hasta muy poco antes, la *idea de Europa* era equivalente a la de *cristiandad*; sin embargo, no sólo este hecho hizo que no se le concediese la importancia que en épocas pretéritas tenía la realidad de la religión cristiana, sino que, además, en el centro de la misma Europa se llevaba a cabo un divorcio en la estructura íntima del cristianismo.

Con el monje agustino Martín Lutero aparece el ideal del *corpus christianorum* liberado de la rigidez del sistema *papal* de organización jerárquica que marcaron la estructura fija de la *Ecclesia* medieval⁵⁷. Pero, no sólo eso, sino que lo que en

⁵⁶ Cf. Goivanni SPADOLINI, «Mi Europa» en «30 Días» 48 (1991) 69.

⁵⁷ Cf. F. CHABOD, Op. cit., pág. 62.



principio se planteó como una *Reforma* se convirtió en una auténtica revolución religiosa, social y política dentro de la cristiandad europea, cuyas secuelas se exportaron a la América recién encontrada. Además, contribuyó a una progresiva *laicización* del pensamiento al separarse, paulatinamente, de la gran idea de la cristiandad. Ante esta perspectiva, la idea de Europa se va delimitando y separándose de todas las adherencias de la cosmovisión medieval, afirmándose cada vez más en otros valores, ciertamente poco consistentes; para algunos será la *humanidad*. La humanidad será el alma, el pensamiento, la palabra de la época nueva, de la nueva Europa⁵⁸, para otros la *racionalidad*, la *democracia*, la *libertad*, etc. Todos estos conceptos, a base de una creciente utilización desmedida y, a veces, inadecuada, por parte de los medios de comunicación de los distintos momentos llegarán hasta nuestros días, de tal modo que en ocasiones algunos de estos términos se vaciarán de contenido hasta llegar a cargarse de fuertes dosis de ideologización.

4. La Iglesia y el nuevo areópago de la vieja Europa.

Nadie puede negar que Europa ha sido y sigue siendo una de las problemáticas culturales y políticas que se han convertido, frecuentemente, en tema de reflexión por parte de la jerarquía católica; es más, la Iglesia es consciente de que la misma *“cultura europea no podría ser comprendida sin la referencia al Cristianismo”*⁵⁹. El motivo fundamental de la preocupación y empeño de los pontífices por la *Europa unida* es hacernos descubrir al hombre de hoy, sobre todo al hombre del pensamiento, al universitario, en el mejor sentido del término, que de esta unión todos los pueblos que la constituyen se benefician y hacen que de ella participen los otros continentes.

La *Europa unida*, en primer lugar, está llamada a conservar y transmitir los bienes de la cultura griega, de Roma y, sobre todo, los bienes de las enseñanzas evangélicas que han servido como elemento aglutinante de pueblos tan diferentes en tiempos pretéritos. En segundo lugar, también debe conservar y transmitir a los otros continentes las conquistas que ha conseguido a lo largo de su larga y dolorosa historia; es decir, el equilibrio entre el poder político y el religioso, evitando caer en el *cesaropapismo* o en el *teocentrismo político* tal como ha sucedido en la época medieval, negando toda autonomía al poder civil o bien, como en la época moderna, en la que se ha pretendido relegar a la Iglesia al ámbito de la vida privada. Debe hacerse eco del equilibrio entre el valor de las personas y el uso de su libertad, conseguir una armonización entre el valor de la sociedad y del Estado frente las actitu-

⁵⁸ Cf. Giuseppe MANZINI, *Ai giovani in Italia*, 1859, LXIV, pág. 164 y *Dell'Iniziativa rivoluzionaria in Europa*. 1834, IV, pág. 167

⁵⁹ JUAN PABLO II, Discurso en la Clausura del Simposio internacional «*Cristianismo y cultura en Europa*», Vaticano octubre 1991 en V.V. A.A., *Cristianismo y cultura en Europa*, Madrid 1992, pág. 253.

des y reivindicaciones libertarias, y a veces anarquistas, de algunos individuos particulares o grupos concretos que han provocado verdaderos dramas tanto en el siglo pasado como también hoy en día.

Lograr un equilibrio entre las ciencias especulativas y las positivas, es decir, entre las ciencias positivas y la metafísica. Igualmente, conseguir una ecuanimidad entre la contemplación del mundo creado y el dominio sobre el mismo; por último, defender y encauzar un proceso de democratización que ponga el poder en manos de todo el pueblo y que todos se beneficien de todo, sin excluir a ninguno⁶⁰. Esta *Europa unida* de la que habla la Iglesia, ya no es la *respublica christiana* de la época medieval, ni tampoco la Europa anticlerical y laica que persigue a la Iglesia en nombre de los derechos humanos o de la “*diosa-razón*”; no está en contra de las conquistas llevadas a cabo a lo largo de la historia por los europeos, algunas de ellas hechas por eclesiásticos; sin embargo, no puede estar de acuerdo con todo aquello que parecen conquistas, y en realidad son una pérdida de valores, o contra aquellos grupos y movimientos que pretenden retrotraer la civilización occidental.

Por otra parte, y esto conviene clarificarlo suficientemente, los papas no tienen un *proyecto político* para Europa, como en algunos medios se ha oído o hemos leído. Ya desde Pío XII, continuando por Juan XXIII, por Pablo VI, al que algunos han denominado *maestro del humanismo cristiano*, siguiendo por Juan Pablo II, al que podemos llamar *el profeta de la nueva Europa y de la nueva civilización*, todos ellos fueron y son conscientes de que ésta no era ni es su misión, lo único que les interesaba era que se logre una Europa que sea capaz de transmitir al mundo aquellos valores que han contribuido a hacerla grande. Pero, si los pontífices del siglo XX que he mencionado se han preocupado de Europa como realidad, creo que, sin ninguna duda, ocupa un papel muy importante el papa Benedicto XVI, ha sido quien ha tematizado, de una manera clara y creo que definitiva, esta problemática. Ha dejado muy claro que *cuando las Iglesias o las comunidades eclesiales intervienen en debate público, expresando reservas o recordando ciertos principios, eso no constituye una forma de intolerancia o una interferencia, puesto que esas intervenciones sólo están destinadas a iluminar las conciencias, permitiéndoles actuar libre y responsablemente de acuerdo con las verdaderas exigencias de justicia, aunque esto pueda estar en conflicto con situaciones e intereses personales*⁶¹.

Manifestó, en esa misma ocasión, que la Iglesia no pretende entrar en el debate político, sino que lo que hace es prestar atención a aquellos principios que no son negociables, y subraya: la defensa y promoción de la dignidad humana; la protección de la vida en todas sus etapas; el reconocimiento y la promoción de la estruc-

⁶⁰ Cf. *I papi e l'Europa. Documenti*, Torino 1978, págs. 26-27.

⁶¹ BENEDICTO XVI, *Discurso a los participantes en las Jornadas de estudio sobre Europa*, 30 de marzo de 2006.

tura natural de la familia, como unión entre un hombre y una mujer basada en el matrimonio, y su defensa contra los intentos de equipararla jurídicamente a formas radicalmente diferentes de unión que, en realidad, la dañan y contribuyen a su desestabilización; la protección del derecho de los padres a sus hijos. Una vez que el papa hace este elenco de principios afirma que no son verdades de fe sino que *están inscritos en la misma naturaleza humana y, por tanto, son comunes a toda la humanidad. La acción de la Iglesia en su promoción no es, pues, de carácter confesional, sino que se dirige a todas las personas, prescindiendo de su afiliación religiosa*⁶².

Podemos afirmar que, sin ningún género de duda, Benedicto XVI ha puesto su mirada inteligente y perspicaz en la realidad de Europa; es más, creo que podemos afirmar que este ha sido uno de los ejes teóricos centrales de sus intervenciones públicas. Ha procurado profundizar en la visión de la *identidad y las raíces cristianas de Europa*, que, según él, se deben expresar en dos rasgos fundamentales que no se pueden olvidar y son la clave de lo que ha sido Europa, por una parte, la presencia pública de la fe y, evidentemente, el diálogo imprescindible entre fe y razón. Cuando esto no se respeta, entonces es normal que nos llenemos de preocupación porque uno de los males que afecta a la vieja Europa es la quiebra de la relación entre fe y razón, parte esencial de la herencia cultural europea. De hecho el manifestó en varias ocasiones la marginación de la religión, en especial del catolicismo, en algunas naciones que ponen mucho énfasis en la tolerancia.

¡Cierto! para el papa Benedicto XVI, Europa es *una realidad histórica y moral*, más que geográfica, pero está asediada por una profunda crisis cultural, política y religiosa. Es más, con la claridad expositiva de su palabra llegó a afirmar que la fe cristiana no es un impedimento, ni un obstáculo, sino un puente para el diálogo con los otros “mundos”, incluso con el Islam⁶³. No es correcto pensar que la cultura puramente racional, gracias a su tolerancia, permita un acercamiento más fácil a las otras religiones. La pura racionalidad separada de Dios no es suficiente, sino que es necesaria una racionalidad más amplia, que sepa aceptar a Dios en armonía con la razón. Para este papa está claro que debemos mostrar que la fe cristiana, que se ha desarrollado en Europa, es también un medio para armonizar la razón y la cultura.

Sin embargo, no se queda aquí su reflexión sobre Europa, va mucho más allá; de hecho, en el discurso que pronuncia con ocasión del 50º aniversario de la firma del Tratado de Roma (25 de marzo de 1957), que marcó el comienzo de la Unión Europea, hizo las siguientes afirmaciones ante un buen número de cardenales, arzobispo y obispos de toda Europa, reunidos para la ocasión y, además, delante de los parla-

⁶² *Ibíd.* En este mismo sentido se manifestó durante su visita a Inglaterra en Westminster Hall, lugar donde fue sentenciado a muerte Tomás Moro. En aquel lugar emblemático volvió a reivindicar el legítimo papel de la Iglesia como interlocutor válido en la defensa de los que denominó “*principios innegociables*” de la vida pública.

⁶³ Cf. John L. ALLEN, *La Iglesia del futuro*, Madrid 2016, pp 173-186.

mentarios europeos: *Este continente ha recorrido un largo camino, que ha llevado a la reconciliación de los dos pulmones –Oriente y Occidente – unidos por una historia común, pero arbitrariamente separados por un telón de injusticia. La integración económica estimuló la política y favoreció la búsqueda, que todavía se lleva a cabo no sin dificultades, de una estructura institucional adecuada para una Unión Europea*⁶⁴.

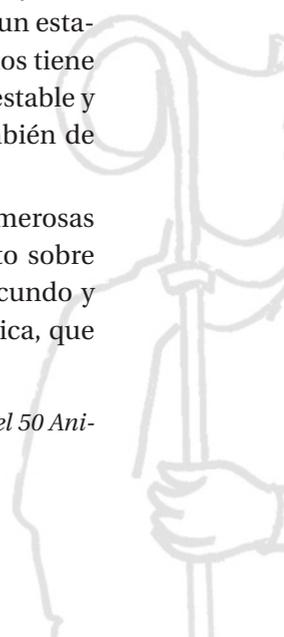
Benedicto XVI manifiesta con claridad que no basta con centrarse en una preocupación económica, que hay otros elementos que son objeto de inquietud y se refiere a la demografía, manifestando, de forma valiente que *por desgracia, desde el punto de vista demográfico, se debe constatar que Europa parece haber emprendido un camino que la podría llevar a despedirse de la historia. Eso, además de poner en peligro el crecimiento económico, también puede causar enormes dificultades a la cohesión social y, sobre todo, favorecer un peligroso individualismo, al que no le importan las consecuencias para el futuro. Casi se podría pensar que el continente europeo de hecho está perdiendo la confianza en su propio porvenir.* El papa prosigue su reflexión con una gran fuerza lógica y llega a afirmar que *no se puede pensar en edificar una auténtica «casa común» europea descuidando la identidad propia de los pueblos de nuestro continente (...) se trata de una identidad histórica, cultural y moral, antes que geográfica, económica y política; una identidad constituida por un conjunto de valores universales, que el cristianismo ha contribuido a forjar, desempeñando así un papel no sólo histórico, sino también fundacional con respecto a Europa*⁶⁵.

Benedicto XVI es categórico en su razonamiento y, de algún modo critica que se pueda pretender conseguir la construcción de la *unidad* sin respetar la dignidad del ser humano y pide a los parlamentarios presentes que hay que evitar esa actitud pragmática tan extendida que consiste en justificar sistemáticamente el compromiso sobre los valores humanos esenciales como si fuesen un *presunto mal menor*; ese pragmatismo lleva ineludiblemente a abrir las puertas a las tendencias laicistas o relativistas que terminan imponiéndose como formas de pensar *políticamente correctas*. Por consiguiente, si la Unión Europea quiere garantizar un estado de derecho y promover de una manera firme todos los derechos humanos tiene que reconocer con claridad la *existencia cierta* de una naturaleza humana estable y permanente, fuente de derechos comunes para todos los individuos, también de aquellos que los niegan.

A lo largo del breve, pero rico pontificado del papa Benedicto, son numerosas las ocasiones en que con ocasión y sin ella, sale a relucir su pensamiento sobre Europa; seguirlo de cerca sería ocasión propicia para un estudio largo, fecundo y actual. No podemos olvidar aquella visita que hizo a Austria, antaño católica, que

⁶⁴ BENEDICTO XVI, *Discurso a los asistentes al Congreso organizado con ocasión del 50 Aniversario de la firma de los tratados de Roma*, 24 de marzo de 2007.

⁶⁵ *Ibid.*



propició la más bella arquitectura de la Contrarreforma y frenó el avance del Imperio otomano; hoy es una sociedad descristianizada como gran parte de Europa, de hecho más de cuatrocientos mil vieneses manifiestan que no pertenecen a ninguna religión. El problema es que ya no se plantean si son o no de una religión u otra, sino que están situados en la indiferencia. Recordemos que el lema de aquella visita rezaba así: *Volver la mirada hacia Cristo*. En realidad el papa quería lanzar desde la católica Austria una fuerte llamada a la *vieja Europa*. Una Europa que *apostata de sí misma, antes que de Dios*. En este sentido pueden ser clarificadoras las palabras que, días antes de la llegada del papa, el cardenal Christoph Schönborg, arzobispo de Viena, que había sido alumno del profesor Ratzinger. Manifestaciones que fueron muy criticadas. Decía el cardenal: *En los últimos cuarenta años Europa ha dicho tres veces «no» a su futuro: la primera vez, con la píldora; la segunda, con el aborto; y la tercera, con el matrimonio homosexual. Y yo añado: prescindiendo del juicio moral de todos estos fenómenos, es sencillamente, de hecho, un «no» al futuro. El «sí» al futuro puede sólo significar: «sí» a los niños*⁶⁶.

Desearía finalizar esta reflexión sobre el pensamiento de Benedicto XVI acerca de la *idea de Europa*, que como ya he dicho es muy extenso y rico en contenido; en este caso quisiera servirme de las respuestas del papa a una entrevista que le hicieron con motivo de la presentación de la película titulada *Campanas de Europa: Un viaje en la fe a través de Europa*. Aunque pueda resultar un poco larga la cita creo que sí es enriquecedora y sintética de su pensamiento sobre Europa y los europeos. A la pregunta que se le hace sobre si el redescubrimiento del rostro humano, de los valores evangélicos, de las raíces profundas de Europa son una fuente de gran esperanza para el continente europeo, y no sólo para él. El papa respondió afirmando que: *La primera razón de mi esperanza consiste en que el deseo de Dios, la búsqueda de Dios está profundamente grabada en cada alma humana y no puede desaparecer. Ciertamente, durante algún tiempo, Dios puede olvidarse o dejarse de lado, se pueden hacer otras cosas, pero Dios nunca desaparece (...)* *La segunda razón de mi esperanza consiste en el hecho de que el Evangelio de Jesucristo, la fe en Cristo, es simplemente verdad. Y la verdad no envejece (...)* *Las ideologías tienen un tiempo determinado. Parecen fuertes, irresistibles, pero después de un determinado período se consumen; pierden su fuerza carecen de una verdad profunda. Son partículas de verdad, pero al final se consumen. En cambio, el Evangelio es verdadero, y por lo tanto nunca se consume (...)* *Un tercer motivo empírico lo vemos en que esta inquietud se manifiesta en la juventud de hoy. Los jóvenes han visto tantas cosas – las ofertas de las ideologías y del consumismo – pero perciben el vacío de todo esto, su insuficiencia. El hombre ha sido creado para el infinito. Todo lo finito es demasiado poco. Y por eso vemos cómo, en las generaciones más jóvenes, esta inquietud se despierta de nuevo y cómo se ponen en camino; así hay nuevos descubrimientos de la*

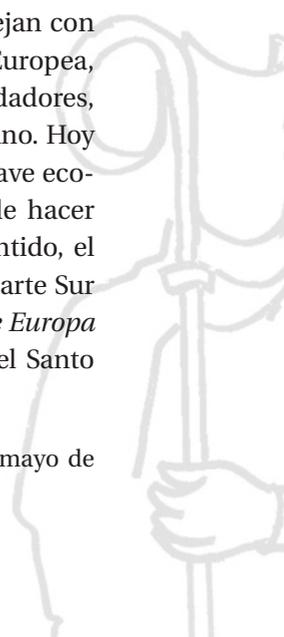
⁶⁶ Pablo BLANCO SARTO, *Benedicto XVI. El papa alemán*, Barcelona 2010, p. 389.

belleza del cristianismo; un cristianismo que no es barato, ni reducido, sino radical y profundo. Es verdadero, y la verdad siempre tiene futuro.

Cuando el periodista le hace la pregunta sobre el hecho de que Europa no sólo es importante en sí misma, sino que tiene su influencia cultural en toda la humanidad, Benedicto XVI da una respuesta muy profunda y compleja: *Es evidente que Europa tiene también hoy en el mundo un gran peso tanto económico como cultural e intelectual. Y tiene una gran responsabilidad. Pero tienen que encontrar todavía su plena identidad para poder hablar y actuar según su responsabilidad (...) El problema de Europa para encontrar su identidad creo que consiste en el hecho de que hoy en Europa tenemos dos almas: una de ellas es una razón abstracta, anti-histórica, que pretende dominar todo porque se siente por encima de todas las culturas. Una razón que al fin ha llegado a sí misma, que pretende emanciparse de todas las tradiciones y valores culturales de favor de una racionalidad abstracta. La primera sentencia de Estrasburgo sobre el Crucifijo era un ejemplo de esta razón abstracta que quiere emanciparse de todas las tradiciones, de la misma historia. Pero así no se puede vivir. (...) La otra alma es la que podemos llamar cristiana, que se abre a todo lo que es razonable, que ha creado ella misma la audacia de la razón y la libertad de una razón crítica, pero sigue anclada en las raíces que han dado origen a esta Europa, que la han construido sobre los grandes valores, las grandes intuiciones, la visión de la fe cristiana. (...) Sólo en esta síntesis Europa puede tener peso en el diálogo intercultural de la humanidad de hoy y de mañana, porque una razón que se ha emancipado de todas las culturas no puede entrar en dialogo intercultural. Sólo una razón que tiene una identidad histórica y moral puede también hablar con los demás, buscar una interculturalidad en la que todos puedan entrar y encontrar una unidad fundamental de los valores que puedan abrir las vías dl futuro, a un nuevo humanismo, que tiene que ser objetivo. Y para nosotros este humanismo crece precisamente a partir de la gran idea del hombre a imagen y semejanza de Dios.*

A pesar de la extensión de las respuestas, sin embargo, pienso que reflejan con mucha objetividad el problema de identidad que vive y sufre la Unidad Europea, una entidad que nació hace sesenta años y en sus orígenes, sus padres fundadores, habían puesto como sustrato objetivo de la “unidad” el humanismo cristiano. Hoy parece que el eco y la trascendencia de esa “unidad” se entiende sólo en clave económica, sin embargo, sólo por este camino la realidad europea se puede hacer pedazos, una vez más, y avocarnos a la desesperanza. En este mismo sentido, el papa Francisco, llegado de allende los mares, de eso que se denomina la parte Sur del mundo, él mismo se reconoce *como un hijo que encuentra en la madre Europa sus raíces de vida y de fe*⁶⁷. Algunos estudiosos ha llegado a afirmar que el Santo

⁶⁷ FRANCISCO, *Discurso con motivo de la entrega del premio Carlomagno*, 6 de mayo de 2016.



Padre Francisco no hablaría de Europa ni de su problemática, ni mucho menos de su importancia en el concierto de las naciones del mundo globalizado. Sin embargo, hasta ahora tenemos dos intervenciones que son magníficas por su contenido y belleza. Una con motivo del discurso en el Parlamento Europeo, el 25 de noviembre de 2014; y el otro en la entrega del Premio Carlomagno, el día 6 de mayo de 2016.

En esos documentos, Francisco se siente en sintonía total con las afirmaciones de san Juan Pablo II y de Benedicto XVI. En ellos manifiesta su visión sobre los problemas de Europa y cuál podría ser su solución. Es consciente de que Europa ha sido *cuna y fuente* de cultura y de civilización y no puede dejar de serlo, y de que sueña con una Europa joven, capaz de ser madre; de hacerse cargo del niño; que escucha y valora a los ancianos y enfermos; en donde el emigrante sea acogido con toda dignidad; que genere trabajo dignos y estables para los jóvenes, y donde casarse y tener hijos sea una responsabilidad y una alegría. Sueña con una Europa de las familias. En esta Europa el cristianismo está dispuesto a ofrecer su *contribución que no constituye un peligro para la laicidad de los Estados y para la independencia de las instituciones de la Unión, sino que es un enriquecimiento*⁶⁸.

En este contexto, Francisco delinea la misión de la Iglesia en la revitalización de la Unidad Europea, afirmando con fuerza: *La Iglesia puede y debe ayudar al renacer de una Europa cansada, pero todavía rica de energías y de potencialidades. Su tarea coincide con su misión: el anuncio del Evangelio, que hoy más que nunca se traduce principalmente en salir al encuentro de las heridas del hombre, llevando la presencia fuerte y sencilla de Jesús, su misericordia que consuela y anima. Dios desea habitar entre los hombres, pero puede hacerlo solamente a través de hombres y mujeres que, al igual que los grandes evangelizadores del continente, estén tocados por él y vivan el Evangelio sin buscar otras cosas. Sólo una Iglesia rica en testigos podrá llevar de nuevo el agua pura del Evangelio a las raíces de Europa*⁶⁹.

5. Europa ¡una gran utopía!

¡Europa ha cambiado! En los últimos lustros ha experimentado una transformación tal que no parece aquella compleja realidad de naciones enfrentadas de comienzos de este siglo. Lo que ha sucedido en el *Este europeo* en los últimos meses del año 1989 y en los primeros de 1990 ha supuesto una revolución de tal entidad, a finales del siglo XX, que dejará una huella indeleble en la historia contemporánea. Da la sensación que fue un hecho imprevisto, que ha cogido a todos los europeos desprevenidos y, una vez caído el muro de Berlín, cuyo significado emblemático es muy importante —recuérdese que el hombre es un ser simbólico—, el impulso generado por tal acontecimiento se ha transmitido por todos los

⁶⁸ FRANCISCO, *Discurso en el Parlamento Europeo*, 25 de noviembre de 2014.

⁶⁹ FRANCISCO, *Discurso en la entrega del premio Carlomagno*, 6 de mayo de 2016.

países del Este y parece ser que las repercusiones también están llegando a la misteriosa China ¡el tiempo nos dará razón!

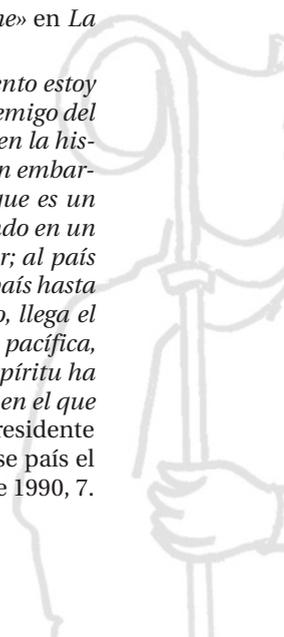
Aunque parezca atrevido, quisiera finalizar poniendo en relación dos acontecimientos que han afectado profundamente a la historia de Europa y al despliegue de su “idea” en el mundo. Doscientos años después de la Revolución francesa de 1789, tiene lugar en este continente otra “revolución” cuya expresión simbólica —como ya queda dicho— viene reflejada por la caída del “muro”, cuyas imágenes todavía están grabadas con fuerza en nuestra memoria histórica, gracias a los *mass media*. Así como en aquel 14 de julio de 1789 el pueblo de París con unos cuantos cañones del cuartel de los Inválidos forzaba la prisión de la Bastilla para establecer un “orden nuevo”, también un buen grupo de europeos destruyen, como pueden, aquel muro que era el símbolo de un “orden viejo”, era otra “revolución” llamada a dejar huella en la historia de la humanidad. Aquellos que eran liberados de entre los gruesos muros de la Bastilla salían gritando ¡libertad!; estos otros, que guardan como preciada reliquia histórica los fragmentos de aquel simbólico “telón de acero”, también gritan: ¡libertad!

Esta Europa en la que vivimos, tan distinta a la de otros momentos de la historia y que estamos llamados a construir, está caracterizada por una serie de hechos, de tal modo que todo lo que ha sucedido en los últimos años y de forma especial en la Europa central y oriental, aparece —para quien lo lee en profundidad— como un *giro histórico* acaecido en el siglo XX, de tal manera que podemos afirmar que a partir de esos momentos se está abriendo una perspectiva nueva en la vida de las naciones⁷⁰. Estos acontecimientos, que para algunos han constituido una “revolución pacífica”⁷¹ y para otros, incluso no creyentes, un milagro⁷², crean el marco de

⁷⁰ JUAN PABLO II, *Discurso del 5 de junio de 1990 con motivo de la «Asamblea general para Europa del Sínodo de Obispos»*, en «Ecclesia» 2.482 (1990) 22.

⁷¹ Carlo María MARTINI, «La responsabilità dei cristiana nell'Europa in costruzione» en *La Civiltà Cattolica* 3375 (1991) 226.

⁷² «No sé si sé que es un milagro. A pesar de eso, me atrevo a decir que en este momento estoy participando en un milagro: el hombre que hace seis meses era arrestado como enemigo del Estado, hoy, como presidente del Estado da la bienvenida al primer Pontífice que en la historia de la Iglesia católica, ha pisado esta tierra. No sé si sé qué es un milagro. Y, sin embargo, me atrevo a decir que esta tarde participaré en un milagro(...). No sé si sé que es un milagro. Y, a pesar de ello, me atrevo a decir que en este momento estoy participando en un milagro: al país devastado por la ideología del odio, llega el mensajero del amor; al país devastado por el gobierno de los ignorantes, llega el símbolo vivo de la cultura; al país hasta hace poco devastado por la idea de la confrontación y de la división del mundo, llega el mensajero de la paz, del diálogo, de la tolerancia recíproca y de la comprensión pacífica, anunciador de la unidad fraterna en la diversidad. Durante largos decenios, el espíritu ha estado desterrado de nuestra patria. Tengo el honor de ser el testigo del momento en el que su suelo es besado por el apóstol de la espiritualidad». [Palabras de saludo del presidente de Checoslovaquia, V. HAVEL, al Papa Juan Pablo II, con motivo de su visita a ese país el día 21 de abril de 1990]. «L'Osservatore romano». Edición española. 29 de abril de 1990, 7.



un *cambio histórico* del que emergieron una serie de elementos de tipo ético-político. Hay que decir que los principios del cristianismo se han convertido en elemento inspirador de los derechos humanos y, de manera especial del derecho a la libertad, tanto jurídica como formal; de aquella intuición cristiana nace el sentimiento de una Europa libre, de donde se puede concluir que existe una perfecta adecuación entre Europa y libertad, de tal modo que la *Europa unida*, o como también se dice esta *Unidad Europea* debe ser una Europa libre. Por otra parte, no conviene ligar la suerte del cristianismo a lo que pueda suceder en Europa. El cristianismo surgió no como producto europeo, sino del judaísmo palestino, en la época helenística; por consiguiente, en lo que se refiere a sus aspiraciones, ya desde el principio estaba dirigido a todo el mundo. De sus mismas entrañas brota su dimensión universal o católica. Esta universalidad ha sido difícil de apreciar durante gran parte de los dos mil años de cristianismo, porque este ha estado casi todo el tiempo estrechamente vinculado a la llamada civilización europea como el hinduismo a la India o el sintoísmo a Japón. Pero ya no es así. Hay personas que quiere unir la suerte de una Europa envejecida a la del catolicismo ¡se equivocan! Es verdad que el crecimiento numérico no significa que todo vaya bien y, por otra parte, como afirmaba el papa Benedicto XVI, *la estadística no es nuestra divinidad, pero el impresionante Niágara católico del siglo XX sugiere la existencia en la Iglesia de una base de vitalidad que a menudo no se percibe por tener ocupada la atención con la deriva y el declive del catolicismo en Europa y otras zonas de Occidente*⁷³.

Lo que hace especial al pasado siglo XX es que en él se desintegró la estrecha identificación existente entre Occidente y el catolicismo. Allí donde fue Europa, estuvo acompañada por el cristianismo. Pero en los últimos años el cristianismo, y el catolicismo en particular, en las últimas décadas, aunque este fenómeno ya comenzó a percibirse desde finales del siglo XX, ha crecido exponencialmente más en la parte Sur del planeta que en la parte Norte en donde está situada Europa, Norteamérica y Canadá. Es necesario afirmar que en el siglo XX se conoció una explosión demográfica en África, Asia y Latinoamérica, y el catolicismo fue una de las “embarcaciones que más subieron” con esa marea de población. De hecho, de 1950 a 2005 de toda la población mundial que se considera católica ha pasado de 459 millones a 1.100 millones en ese mismo período. Mientras la población Europea ha decrecido y está sufriendo un terrible invierno demográfico, la población ha crecido en la llamada parte Sur de la tierra. A modo de ejemplo podemos mencionar este hecho: En el año 2000 ha habido más bautismos en Filipinas que en Francia, Italia, Polonia y España juntas.

Estos datos nos ayudan a relativizar la relación entre Europa y la Iglesia. Al inicio de esta centuria el mismo san Juan Pablo II, llegó a decir de forma emblemática:

⁷³ John ALLEN, *La Iglesia del futuro*, Madrid 2016, p. 33.

“Cuando pronuncio la espléndida palabra libertad, la pronuncio con todo el amor y con todo el fervor de mi corazón. La pronuncio como profesión de mi fe en el hombre y en su dignidad⁷⁴. Sobre el fecundo terreno de la libertad que ya desde la época griega era una de las características esenciales del hombre europeo, crece la Europa, cristiana, libre y culta. La cultura presupone la libertad. Esta cultura de la *regio-ne nobilissima*—como Dante denominaba a Europa—, que brota de la libertad, ha generado la idea de Europa como tierra de la *respublica*, es decir, como esa realidad contraria al despotismo asiático y como consecuencia de todo esto surge *el tercer injerto decisivo del que nace la idea de Europa, después de aquel injerto entre Europa y cristianismo, después de aquél entre Europa y libertad, es el que se da entre Europa y democracia*⁷⁵. La *idea de Europa* es la que une libertad y democracia. Uno de los “padres de Europa”, Robert Schuman, llegó a decir que *la democracia debe su existencia al cristianismo. Ha nacido el día en el que el hombre ha sido llamado a realizar en su vida temporal la dignidad de la persona humana, en la libertad individual, en el respeto de los derechos de cada uno con la práctica del amor fraterno hacia todos. Jamás antes de Cristo se han formulado semejantes ideas. La democracia está ligada al cristianismo, doctrinal y cronológicamente; ha tomado cuerpo con el, por etapas, a través de largas dificultades, alguna vez a costa de errores y de caídas en la barbarie*⁷⁶.

Sin embargo, no seríamos objetivos si al hablar de esta *Europa unida*, o de la *Unidad Europea* y de la *nueva Europa* pasásemos por alto la dimensión espiritual o trascendente porque, sin esta perspectiva, como muy bien señaló Benedicto XVI, cualquier tipo de cultura, libertad o democracia se convierte en un fragmento informe, sin consistencia ni fundamento. Todo esfuerzo que los hombres y de las mujeres llamados “europeos” hagamos por construir la sociedad, la cultura, la libertad, la democracia, sin esa perspectiva de trascendencia, llevará en sí la semilla de la caducidad, de la división, de los enfrentamientos fratricidas, o de los simples intereses económicos en donde los más grandes impondrán los criterios de actuación a los más pequeños.

Si se quiere construir esa *casa común europea* de la que tanto se viene hablado, es necesario que se cultiven esos *valores morales y trascendentes*; es precisamente ahí en donde, una vez más, tiene su puesto el cristianismo, de tal modo que así como la fe cristiana ha contribuido de forma determinante a construir Europa, ya sea como entidad histórica—la Europa cristiana o *christianitas*—, o como entidad política—la llamada *Respublica christiana*— o como *civilisation*, es decir, como ese conjunto de valores que encuentran su síntesis y fundamento en el “humanis-

⁷⁴ Véase «*La Civiltà Cattolica*» 3358 (1990) 317-3186.

⁷⁵ Giovanni SPADOLINI, «*Mi Europa*» en «30 Días» 48(1991)69.

⁷⁶ Robert SCHUMAN, *Per l'Europa*, Roma 1970, pág. 80-81.

mo cristiano”⁷⁷, así también, en este preciso momento de la historia, el cristianismo tendrá que informar, de manera vectorial, la construcción de esos valores renovados que puedan ayudar a fraguar la realidad de una Europa distinta y unida, de una Europa más fuerte. La llamada *civilización cristiana*, denominada por otros, *civilización occidental*, ha sido transmitida a los nuevos pueblos —germánicos y eslavos— por Roma y Bizancio, de tal modo que al final del primer milenio cristiano nace la que podemos denominar civilización europea.

De esta civilización ha vivido la Europa del segundo milenio, de tal modo que los sentimientos, la vida y los comportamientos, la literatura y el arte de los pueblos europeos han estado impregnados de cristianismo, a pesar de que en la práctica no siempre ha habido una correspondencia entre muchas acciones y la fe cristiana; también hoy, en estos tres primeros lustros del tercer milenio, Europa debe recuperar esas raíces cristianas de su civilización o dejará de ser Europa para convertirse en una colonia de *imperialismos* internos o externos que sólo encuentren su fundamento sobre el nihilismo y el consumismo materialista, amalgamados por el relativismo y por el laicismo envolvente.

Ya san Juan Pablo II recordaba a los hombres, constructores de la *nueva Europa* que *el mundo sin Dios es enemigo del hombre*, experiencia que ha sido confirmada por los crueles hechos de la historia reciente en los países del Este y por el sistema político del nacionalsocialismo hitleriano de la Alemania posterior a la Primera Guerra Mundial. De ahí que, con una gran clarividencia, se ha llegado a afirmar que *el mayor peligro para Europa es el cansancio. Luchemos contra este peligro extremo, en cuanto «buenos europeos», con aquella vigorosa disposición de ánimo que ni siquiera tema una lucha destinada a durar por siempre; entonces, del incendio destructor de la incredulidad, del fuego sofocado por la desesperación por la misión de Occidente, de las cenizas de los grandes cansancios, renacerá el «fenix» de una nueva interioridad de vida y de una nueva espiritualidad, el primer anuncio del gran futuro de la humanidad. Porque sólo el espíritu es inmortal*⁷⁸.

Por eso, la idea de que Europa es un conjunto de diversos *areópagos* que se han ido plasmando en realidades, más o menos positivas, a lo largo de estos últimos milenios, se convierte hoy en un reto de cara a este nuevo milenio que nos invita a tomar en serio aquello que se ha dicho a principios del siglo XX: *Europa no es una negación solamente: es un principio de agresión metódica al achabacamiento nacional*⁷⁹. De tal modo que *Europa es un problema que todo español culto ha de plantearse para hallar solución al problema de España, ya que sólo es problema*

⁷⁷ Cfr. «*Il cristinesimo e la nuova Europa*» en «*La civiltà Cattolica*» 3359 (1990)425.

⁷⁸ Edmund HUSSERL, *La crisi delle scienze europee e la fenomenología trascendentale*, Milano 1965, pág. 358.

⁷⁹ José ORTEGA Y GASSET, O.C., *El Imparcial*, tomo I, pág. 145.

*España comparada con los países de allende el Pirineo*⁸⁰. La apertura a Europa y lo que ella significó a través de la historia de la civilización occidental nos sirve para plantearnos en serio nuestro trabajo como hombres y mujeres que abriendo nuestra inteligencia y corazón en una dimensión universal, a través de un buen uso de los *mass media*, que es uno de los grandes *areópagos* del mundo actual, podremos ser los constructores de una civilización nueva de cara a este nuevo milenio; y esto es así porque tanto el auténtico universitario como el intelectual creyente —y eso somos los miembros de la Academia Auriense Mindoniense—, no debemos permanecer en una mera contemplación de algo que se acerca, sino que debemos sentirnos autores y actores de la realidad; por eso la gran tarea que la historia ha colocado en nuestras manos se realizará por medio de nuestro trabajo, hecho contemplación o estudio silencioso y fecundo. Como conclusión a esta reflexión, hago mías estas palabras del gran idealista italiano Benedetto Croce, que no por casualidad, en el epílogo a su obra *Storia d'Europa*, dejó escrito: *Trabajad con todas vuestras fuerzas cada día, cada hora y en todos vuestros actos* porque Europa es una utopía que podemos hacer realidad con nuestros esfuerzos.

⁸⁰ Ramiro de MAEZTU, «*La conciencia de Europa*» en *Debemos a Costa*, Zaragoza 1911, pág. 21.

